

REENCUENTRO CON ST. JOHN PERSE



Basse terre, Guadalupe. Avanzábamos lentamente por estrechos y sinuosos caminos bordeando una naturaleza exuberante. Todo era verde y de un límpido azul, en esa isla-mariposa, paraíso donde de seguro habitan las tres hermanas Mirabal, ésas que con el seudónimo de "las mariposas" enfrentaron la dictadura trujillista. La mariposa abrió sus alas para los y las participantes en el Primer Congreso Internacional de Escritores de La Caraibe, en Guadalupe.

A veces, por la izquierda, reaparecía el mar, extraño y calmo mar de azul metálico, como imagino los ojos de Saint John Perse en una última foto, después que la poesía se impusiera sobre la mirada del amo.

Insiste la guía, con sus improvisadas traductoras, en contarnos sobre el niño que se fue a los doce años a un exilio del cual nunca regresó, aunque "en su adultez visitara islas aledañas como Santa Lucía", y a cada comentario biográfico añadía la coetilla de que Perse se fue al exilio, al "luminoso exilio" de sus poemas (ese niño de 12 años), como si ese niño pudiera decidir, en esos tiempos, armar sus maletas y partir para Francia. Y como si ese irremediable subrayar su decisión de no volver, le hubiera asestado un golpe a la dignidad de los altivos guadalupeños.

No es poeta, no entiende nada, le susurré a Yolanda Wood, tan convencida como yo de que irse es decisión mayor y de mayores, y así poder reconcentrar nuestra atención en el paisaje.

Y... de momento el espacio se acerca, el verde de jardines que no miras te agarra el iris, las pestañas. Se te meten inflándote la piel, con una euforia rosa las buganvillas, duele sin doler el aire, y la caña, el verde con que corta inexpertas manos, el filo con que se venga del dulce que le extraen, se suaviza en un mar de pana...

Es el cañaveral, cuando florece para que jueguen los niños, para que se adorne el poblado y todo el rosa de las buganvillas, el violeta de la tarde, anuncien que es noviembre.

Nos estamos aproximando a la habitación Bois-Debout, en Capesterre Belle-Eau, donde vivió Alexis Saint Léger, o Saint John Perse, y transitamos por una larga alameda franqueada por dos hileras de caña. Pasamos por el frente de una casa majestuosa y seguimos hacia las ruinas de piedra de lo que fuera el

ingenio original, hoy cubiertas de helechos y musgo, próximo a la nueva sala de máquinas, porque en la propiedad sigue funcionando un ingenio.

Una anciana pequeña, delgada, de pelo corto, apropiadamente vestida con jeans, camisa blanca y blancas sandalias adornadas con mariposas (otra vez las mariposas, esta vez en sus pies!), nos recibe. Es realmente un honor, dice la guía, porque la casa esta totalmente cerrada a visitantes.

¡La casa! Al verla entendi los versos de Saint John Perse:

"Y ver al final de la recta alameda salir mi gato de la casa... Todas cosas suficientes para no envidiar las velas de los veleros que percibo a la altura del techo de hierro sobre el mar como un cielo... Y la casa cargada de honores... Y la marea que sube hasta sus persianas cerradas".

Es una casa grande, de tres niveles, el último una buhardilla. Abajo esta lo que parece un comedor y oficinas; en el segundo la vivienda, y en el tercero, imagino, la vigilante presencia de sus muertos. Es una típica casa colonial, con bordes de metal que asemejan el encaje de las enaguas. Y como todas esas casas, es blanca, con barandillas verdes y se encuentra en una colina.

La casa está perfectamente ubicada frente a la Isla Galante, porque al ojo del colonizador siempre le hacía falta ver, más allá de sus dominios, al mar, e imaginarse que en la isla de enfrente estaba la madre patria, la memoria de su propia niñez en barriadas donde en "una oreja del sillón grasiento exploraba sus dientes, el sabor de la grasa, y soñaba con "nubes puras sobre la islas, cuando el alba crece lucida en el seno de las aguas misteriosas".

¡Estos colonos sabían como vivir!, exclama un joven blanco, deslumbrado por la dimensión de la casa y los jardines, donde un botánico amigo del padre de Saint John Perse plantó todas las especies. Por eso hay árboles de "buen pan", como en Santo Domingo, y manzanas de oro, y flores que sólo se reproducen en algunas regiones de mi media isla. "Corolas bocas de moare. ¡Grandes flores móviles en viaje! Flores vivientes para siempre, que no cesarán de crecer por el mundo".

Entusiasmados, avanzamos todos hacia esa casa donde la anciana anfitriona habría de leernos en "el más alto escalón de la casa blanca" una declaración de la familia. Digo todos, excepto Blas Jiménez, porque su memoria de hombre negro y consciente le hacía escuchar los gritos de los esclavos en el cañaveral aledaño, entre los gigantescos helechos, las arecas, y las palmas reales del jardín.

En el último escalón de la casa blanca, la dama esperaba el silencio de los escritores que, como niños, se habían dispersado por el jardín. Yo escrutaba su rostro, el gesto crispado, el ceño fruncido con que observaba la irreverente actitud de los visitantes,

Cuenta y relata las anécdotas sobre los dueños anteriores de la casa y sobre el último, que al no poder pagar la hipoteca se deprimió, y se lanzó a una caldera de melaza hirviente. Se me enrespa la piel y me relaja el susurro de Blas cuando reivindica a su raza diciendo: "Eso fue un esclavo que lo empujó".

Detrás de la anciana, una bella muchacha, vestida con verdes arandelas y blusa marrón, como un árbol invertido, nos observaba con sus ojos de joven búho. Es la nieta de la dama que se ha preparado para en la ocasión leernos un poema de su distinguido antepasado. Tiembla, y ese temblor hace que la observe con

compasión, en esa función de joven gran dama que le ha delegado su abuela. Ama cuya mirada representa a la perfección los versos del poema "Escrito en la puerta", de Saint John Perse:

"Mi orgullo es que mi hija sea muy bella Cuando mande a las negras Mi alegría, que descubra un brazo muy blanco Entre las negras gallinas"...

Yo quisiera entrar a la casa, porque nada puede mi memoria sin el olor para reconstruir mi propia infancia, y ubicarme en los zapatos de un niño de doce años, que como yo observaba cómo cortejaba el viento las aceras con diminutas flores rosa; y sabía de un olor, de ciertos balcones, de ciertos zaguanes donde a ciertas horas, fugaz -lo único- transgrede. Un niño de doce años que intuía, como yo, que no se puede definir lo que define.

Necesitaba entrar a la casa, pero el férreo hermetismo de la gentil dama me obligaba a limitarme a la foto formal en la escalera de la fachada frontal.

Por suerte, si faltaba el olor no faltaba el agua... "Y el agua de mi cubeta estaba ahí... Y oigo el agua de la fuente en la casa del agua".

Yo, que vengo de la Casa del Aire, en la cima de una montaña, como la bautizara Miguel Barnet entre rayos y centellas, sentí todo el peso de mi isla, de la isla de St. John Perse, "cuando el alba crece lúcida en el seno de las aguas misteriosas... Como las ondas de una concha amplificadas de clamores bajo la mar". Agua que es eco del "ruido de grandes aguas". Y a veces sube "por las tuberías de los cuartos, subiendo de las fosas Atlántidas, con ese gusto de lo increado como un hálito de otro mundo... Ruido de las grandes aguas que hace la noche (y el día) del Nuevo Mundo".

El agua de las caletas "cavando su ruido". El agua que desciende de una colina, por una canaleta al lado lateral izquierdo de la casa, justo donde imagino estaría la habitación del niño Alexis. Agua que, más abajo, hace girar la gigantesca rueda del ingenio que era antes y es ahora.

Agua que era y es, condena y libertad de las islas.

Una tristeza infinita me invade. Es mi niñez que aflora, mis solitarios años en el balcón de la casa de mi abuelo, en El Conde 16. Única niña entre dos ancianos que apenas conversaban, única niña con una tía epiléptica, que dormía hasta las cuatro de la tarde, y sirvientas siempre muy ocupadas; única niña, sentada frente a un parque donde sucedía la vida, a la espera de un padre que nunca llegaba, y de una madre tuberculosa sanitariamente exilada a una provincia.

Una niña con "todos los caminos del mundo comiéndole la mano", frente a las "exiliadas campanas" de la Catedral Primada de América.

Ciertamente, "todas las arenas son nómadas", y por eso, "ávidas y mordientes" son nuestras horas nuevas.

Ciertamente, "el perfume de abismo y nada entre los mohos de la tierra" ha cimentado nuestro paso de mujer libre, "sin horda ni tribu, entre el canto de los relojes de arena y con la frente desnuda".

Ciertamente, presiento que "cuando la sequía se haya asentado sobre la tierra, conoceremos un tiempo mejor para las afrentas del hombre... tiempo de alegría e insolencia para las grandes ofensas del espíritu... tiempo de honor y lujo de una élite", la del espíritu.

Es la medida "del mal", de la malaise, del escritor y escritora caribeños. Y ese "mal" se llama nostalgia, y su medida "el poder resucitar el esplendor perdido".

No el esplendor del último conquistador, como llamara el poeta martiniqueño Aimé Césaire a Saint John Perse, en su ceremonia vodú, sino el perdido esplendor del poema extraviado en toda la maravillosa pureza de su origen.

Por eso Saint John Perse no regresó a Guadalupe.

Nota: Todos los versos en comillas son de Saint John Perse.

De Chiqui Vicioso